

la vida; yo la doy á mi arbitrio ¹.» No le habían de prender en Sión, por más fácil que fuera entonces su captura; el sitio, lo mismo que la hora, lo había designado previamente él mismo ², y Judas podía reunir á su gusto los guardias del Templo para conducirles al huerto de Gethsemani.

¹ JOANN., X, 17: «Ego pono animam meam ut iterum sumam eam. Nemo tollit eam a me: sed ego pono eam a meipso.»

² MATTH., XXVI, 54 et 56, cit. ISAI., LIII, 40, et JEREM., IV, 20.

CAPITULO III

LA ÚLTIMA PASCUA DE JESÚS

Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum antequam patiar.

LUC., XXII, 15.

Quam dilexisset suos qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

JOANN., XIII, 1.

La mañana del jueves, día primero de los ácidos, los discípulos habían preguntado al Maestro: «¿Dónde quieres que te preparemos lo necesario para comer la Pascua ¹?»

Era solamente la vigilia del día consagrado á esta comida solemne; pero convenia hacer los preparativos sin esperar á última hora, por causa de la bulla de Jerusalén y del Templo, donde difícilmente se despachaba el que no hubiera tomado antes sus precauciones. La multitud de peregrinos llegaba de ordinario á millón y medio, si no pasaba, como sucedió bajo el mando de Cestio Galo ²; y para dar abasto á la inmólación de los corderos se necesitaba una verdadera tribu de sacrificadores. Aun así no se comprende cómo pudieran satisfacer los deseos del

¹ MATTH., XXVI, 17: «Ubi vis paremus tibi comedere pascha?»

² El número de peregrinos ascendió en esta ocasión á más de dos millones.—JOSEPH.: *Bell. Jud.*, II, XIV, 3.—Cf. LIGHTFOOT, cit. *Echah Rab-bath*, fol. 59.

pueblo en el día solo de la fiesta propiamente dicha: lo cual ha hecho suponer que se tomaban tiempo antes de ese día para las inmoluciones que pedían los Israelitas extranjeros, y, por consiguiente, los peregrinos venidos de Galilea ¹, de modo que Nuestro Señor y los Apóstoles se habrían aprovechado del privilegio concedido á sus paisanos.

La pregunta, pues, de los discípulos no tenía nada de extraño, como además lo prueba la respuesta que les dió Jesús sin hacer observación alguna.

«Id á la ciudad; al entrar encontraréis un hombre con una vasija de agua. Seguidle hasta la casa adonde vaya, y diréis al amo: «El Maestro te pregunta que dónde está «el lugar en que ha de comer la Pascua con sus discípulos». Entonces os enseñará en el piso superior una sala grande, muy preparada, donde dispondréis lo necesario ².»

Sin duda ninguna la ciencia divina de Jesús le hacía ver todos los detalles de este paso antes de que se realizara; pero es lícito suponer que los predecía también en razón de haberlo arreglado previamente con algún discípulo secreto, cuyo concurso se había asegurado ³. Contaba Jerusalén cierto número de estos fieles ocultos, con los cuales Jesús tenía relación, aparte de los Apóstoles, como lo sabemos, por ejemplo, de Nicodemo ⁴. La casa, á cuya puerta mandaba llamar, estaba vecina de aquella en que Juan el Evangelista debía, más adelante, dar hos-

¹ FOCARD: *Vie de J.-C.*, t. II, apéndice X. — SEPP: *Vie de Jésus*, t. II, p. 98.

² MARC., XIV, 13-15: «Ite in civitatem, et occurret vobis homo lagenam aquæ bajulans; sequimini eum, et quocumque introierit, dicite domino domus quia magister dixit: Ubi est refectio mea, ubi pascha cum discipulis meis manducem? Et ipse vobis demonstrabit conaculum grande stratum, et illic parate nobis.»

³ FOCARD: *Vie de N. S. J.-C.*, t. II, p. 262, nota 4.

⁴ JOANN., III, 1 et seqq.

pitalidad á Maria, y el escoger al Discípulo amado para preparar la cena, induce á creer que estaba iniciado en el pensamiento de su Maestro.

Efectivamente, no fué Judas el encargado de estos preparativos: fuéronle preferidos Pedro y Juan ¹, y recibieron, probablemente en su presencia, las indicaciones que habian menester. ¿Era esto una simple precaución contra su perfidia, ó más bien una lección destinada á inspirarle mejores pensamientos? No podemos decirlo: sólo sabemos que no se le dió este encargo, acaso también porque Jesús le hubiera confiado algún otro que le retuviera consigo. Como quiera que sea, los dos mensajeros partieron, encontraron al hombre en su puesto y las cosas en el estado indicado; debieron de comprar el tradicional cordero, las lechugas amargas y el pan sin levadura, llevarlo todo á la casa, ordenar que prepararan la comida, y después tomar otra vez el camino de Bethania temprano, puesto que los encontraremos al lado del Maestro cuando, al hacerse de noche, dió señal de marchar á Jerusalén ².

Las sombras protegieron su entrada en la ciudad, donde el ir y venir de los peregrinos le habrían permitido también circular con seguridad relativa, aun cuando la táctica de Judas no le hubiese facilitado algunas horas de tranquilidad absoluta. Llegó, pues, á las mismas puertas del palacio de los Sumos Sacerdotes ³, á celebrar la postrera Pascua de la ley mosaica y la primera de la ley nueva, la que tenía que renovarse en lo sucesivo hasta la consumación de los siglos.

La mansión honrada con tal preferencia y conocida

¹ LUC., XXII, 8: «Misit Petrum et Joannem.»

² MARC., XIV, 17: «Vespere autem facta, venit cum duodecim.»

³ El Conaculo dista de la casa de Caiphás unos treinta metros.

con el nombre de Cenáculo, y los muros testigos de la institución de la Eucaristía, están todavía en pie á pesar de los trastornos que han cambiado el aspecto de la Ciudad Santa. Una tradición que viene de los tiempos más remotos, nos garantiza su conservación casi milagrosa, en sentir de San Epifanio y San Cirilo ¹. En el piso de arriba permanece siempre la sala alta, devastada por los infieles, restaurada por la piedad de los Cruzados, y por consiguiente, modificada en muchos detalles, pero que se pueden conocer en su conjunto.

Hay pocos lugares en el mundo, ni aun en Palestina y Jerusalén, que esciten más veneración y produzcan en el corazón más dulces emociones. Aquí, el Dios del tabernáculo se ocultó por primera vez bajo las apariencias de pan y vino; aquí se realizó la promesa de que el hombre comería verdaderamente *el pan del cielo*, cuya figura había visto Moisés en el desierto, y cuya participación juzgaban imposible los Judíos; aquí Dios consumó su unión con su criatura, y dió la prenda segura de la resurrección á los que en carne mortal aspiran á una felicidad eterna. Dichoso el que logra besar los restos de esta primera Iglesia, donde el Sacerdote por excelencia se ofreció á sí mismo en sacrificio, cuya víctima es Él, y confirió al sacerdote católico el poder de *hacer en todos los lugares, en memoria de Él, lo mismo que Él hizo aquí*.

Jesús se había acomodado junto á la mesa con el codo apoyado en dos cojines, según es aún costumbre de los Orientales ²; así estaba medio acostado, teniendo á su derecha al discípulo amado, junto al cual se había colo-

¹ S. CYRILL., *Cateches.* XVI, 4.—S. EPIPHAN., *de Pondere et mensura.*—CL. TOBLER: *Topographie von Jerusalem*, lib. II, p. 99.—MISLIN: *les Lieux saints*; t. II, p. 466 y sig.—LÉVIN: *Guide*, t. I. p. 266 y sig.

² MATTH., XXVI, 20: «Discumbabat cum discipulis suis.»

cado Pedro. Al otro lado estaba Judas en situación de recibir y transmitir las órdenes relativas al servicio de la mesa, acaso inmediato á la izquierda del Maestro, según puede inferirse de la serie del relato. Los demás formaban círculo alrededor de la baja mesa sobre la cual iban á poner pronto el cordero. Los ritos del convite pascual se han recordado demasiadas veces en los escritos de los historiadores y los comentaristas, para que nosotros los exponamos de nuevo: digamos únicamente que fueron escrupulosamente observados, en conformidad á lo que Jesús dijo al Bautista: «Está bien que practiquemos toda prescripción justa ¹.» Era voluntad de su Padre que Cristo se conformara á las reglas prescritas por Moisés. Por esta razón nosotros imitaremos la reserva de los Evangelios, que únicamente notan ciertos incidentes, á propósito para mostrarnos las costumbres que observaba, y más aún, el espíritu del Maestro, que á cada instante se salía del círculo en que tales ritos parecían encerrarlo. Cuando le presentaron la primera copa, la bendijo en la forma ordinaria, humedeció con ella sus labios y la alargó á los Apóstoles.

«Tomad y bebed todos: yo no beberé más del jugo de la uña hasta que venga el reino de Dios ².»

Esto dijo con acento que descubría cierta tristeza que le costaba trabajo contener, y que se explica fácilmente por las condiciones en que se celebraba esta Pascua.

«Con ardiente deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de mi pasión ³, había dicho al sentarse á la mesa.

¹ MATTH., III, 15: «Respondens autem Jesus dixit ei: Sine modo: sic enim decet nos implere omnem justitiam.»

² LUC., XXII, 17-18: «Accipite et dividite inter vos. Dico enim vobis quod non bibam de generatione vitis, donec regnum Dei veniat.»

³ IO., XXII, 15-16. «Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum, antequam patiar. Dico enim vobis quia ex hoc non manducabo illud, donec impleatur in regno Dei.»

Y para que esas palabras no dieran lugar á equivocación, sino que pusieran en claro la idea de su muerte próxima, añadió :

«En verdad os lo digo : no comeré ya con vosotros esta Pascua hasta que tenga su consumación en el reino de Dios.»

Fácil era conocer que este *reino de Dios*, á que aludía, debía comenzar solamente tras un período de sufrimientos á que se sentía próximo, pues llegaba el momento anunciado dos días antes al volver de Jerusalén á Bethania :

«Sabéis que dentro de dos días es la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para que lo crucifiquen ¹.»

Continuaba la comida en penoso silencio, se habían comido el cordero pascual, y, según el ritual, los convidados debían lavarse las manos. Entonces Jesús se levantó de la mesa, se ciñó un lienzo á los riñones, echó agua en una palangana, se arrodilló delante de sus discípulos y se puso á lavarles los pies. Cuando llegó á Pedro, el Apóstol exclamó con tono de indignación : «¡Señor, tú lavar-me los pies á mí!»

—«Tú no comprendes ahora lo que yo hago (respondió Jesús), pero lo comprenderás más tarde.»

—«¡No (replicó San Pedro), no me lavarás los pies!»

—«Si no te lavo los pies, no tendrás parte conmigo.»

—«¡Entonces, Señor, lávame, no solamente los pies, sino las manos también y la cabeza!»

—«El que se ha lavado (replicó Jesús aludiendo á las abluciones acostumbradas de los Judíos antes de la comi-

¹ MATH., XXVI, 2 : «Scitis quia post biduum pascha fiet, et Filius hominis tradetur ut crucifigatur.»

da), no tiene necesidad sino de lavarse los pies, si ha andado, como vosotros, por el polvo.»

—«Vosotros estáis puros, pero no todos»,—añadió tras una pausa.

Estaba pensando en la traición del Iscariote, como lo advierte San Juan ¹. Acabado el lavatorio se levantó, volvió á tomar sus vestiduras y se sentó de nuevo á la mesa ; pero quedó triste y pensativo ².

«¿Sabéis (volvió á decir) lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis maestro y señor, y con razón, pues lo soy realmente. Si, pues, yo que soy maestro y señor, os he lavado los pies, así debéis hacer los unos con los otros, según el ejemplo que os he dado. Porque, en verdad lo digo, no es el servidor más que el amo, ni el enviado está sobre el que envía. ¡Felices vosotros si entendéis y practicáis estas cosas!»

Lejos de comprenderlas, uno de ellos pensaba muy pronto *alzar el pie contra aquel de cuya mesa participaba* ³; y el Maestro podía repetir con abatimiento :

«Vosotros estáis limpios, mas no todos.... Os lo anuncio antes que suceda, para que cuando haya sucedido creáis : uno de vosotros me entregará.»

Miráronse los Apóstoles llenos de asombro, no sabiendo de quién hablaba Jesús. Pedro hizo una seña al discípulo amado, y le preguntó :

«¿De quién habla?»

Y Juan, inclinándose hacia su divino Amigo, le dijo :

«Señor, ¿quién es ese tal?»

—«El á quien yo dé este pedacito de pan», le fué res-

¹ JOANN., XIII, 2-11.

² Id., XIII, 21 : «Jesus turbatus est spiritu.»

³ PSALM., XL, 10 : «Qui manducat mecum panem levabit contra me calcaneum suum.»

pondido; y en seguida Judas recibió el fatal bocado, *con el cual entró Satanás*, según habla el Evangelista ¹. El miserable había oído ó adivinado, pero procuró hacer alarde de audacia. Junto á él gritaban todos: «Maestro, ¿soy yo?» A lo cual Jesús, evitando decirlo de claro en claro, se contentó con responder:

«El que alarga conmigo la mano al plato, ese me entregará. El Hijo del hombre se va por el camino que le trazan las profecias; pero ¡ay de aquel por quien será entregado! ¡Más le valiera no haber nacido! ².»

Judas le interrumpió preguntando:

«Maestro, ¿soy tal vez yo?»

—«Tú lo has dicho» ³.

Á estas palabras pronunciadas en voz baja, el traidor perdió la serenidad, y se separó del grupo, como para salir fuera. Jesús en voz más alta:

—«Haz pronto lo que quieras hacer» ⁴, dijo á Judas que desapareció de allí. Ninguno comprendía lo que significaba ese apóstrofe del Maestro; como Judas guardaba el bolsillo común, pensaron algunos que se le habría dado orden de comprar las cosas necesarias para la fiesta ó de repartir alguna limosna á los pobres ⁵. La preocupación de cada uno distraía la atención procurando cada cual alejar de sí la acusación de traidor. Su celo en hacer valer su adhesión los llevaba hasta á discutir la cuestión de precedencia, que habría llegado á envenenarse si el

¹ JOANN., XIII, 27: «Et post buccellam introivit in eum Satanás.»

² MATH., XXVI, 23-24: «Qui intingit mecum manum in paropside, hic me tradet. Filius quidem hominis vadit, sicut scriptum est de illo: vae autem homini illi per quem Filius hominis tradetur: bonum erat ei si ná-tum non fuisset homo ille.»

³ Id., XXVI, 25: «Numquid ego sum, Rabbi? Aut illi: tu dixisti.»

⁴ JOANN., XIII, 27: «Dixit ei Jesus: Quod facis fac citius.»

⁵ Id., XIII, 28-29.

Maestro no hubiese contenido á los competidores con estas admirables palabras:

«¿Quién es antes en un convite? ¿El que está sentado á la mesa ó el que la sirve? Evidentemente el que está sentado. Pues bien: yo estoy en medio de vosotros como quien sirve. Quien de vosotros apetezca ser el primero, hágase el más pequeño y el servidor de todos ¹.»

La lección hizo su efecto y la calma quedó restablecida. Entonces comenzó la verdadera Pascua, *aquella cuya consagración se realiza verdaderamente en el reino de Dios*.

Tomando pan en sus santas y venerables manos, Jesús le bendijo, lo partió y lo presentó á sus Apóstoles:

«Tomad y comed, dijo, este es mi cuerpo.»

Lo mismo hizo con la copa de vino, que bendijo y lo repartió, diciendo:

«Bebed todos de él: esta es mi sangre, la sangre de la nueva alianza que será derramada por la remisión de los pecados de muchos.»—Luego añadió:

«Haced esto en memoria de mí ².»

En medio de un silencio hijo de la admiración, los asistentes evocaban sin duda el recuerdo de la promesa hecha en Capharnaüm: «Yo soy el pan de vida..., el pan vivo bajado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá eternamente. Y este pan que yo os daré es mi carne, por la vida del mundo.... Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día; porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él...., y vivirá la vida eterna ³.»

¹ LUC., XXII, 26-27.

² MATH., XXVI, 26-28.—MARC., XIV, 22-24.—LUC., XXII, 19-20.—I COR., XI, 23-25.

³ JOANN., VI, 51-57.

El misterio estaba entonces oculto para ellos, y Pedro, hablando en nombre de todos, había hecho protesta de una fe más docia que ilustrada; ellos se entregaban al Maestro, sin prever mejor que los Judíos cómo les daría este infante alimento de donde procede la vida eterna. Al presente, el misterio levanta ya sus velos; el pan de vida estaba delante de sus ojos; se les daban á comer. El cáliz de la nueva alianza les era presentado. La carne y la sangre de Cristo, ocultas bajo las apariencias de pan y de vino, se hacían su comida y su bebida, por la palabra de aquel que ellos sabían era todopoderoso y á quien la naturaleza estaba acostumbrada á obedecer.

Y les había sido ordenado que reprodujeran este prodigio, es decir, quedaban asociados al ministerio del *Sacerdote Eterno*, participantes de su sacerdocio, encargados también ellos de representar la nueva alianza y de obrar la salud del mundo.

Hora sin igual en la historia de la humanidad, y que no es posible dar cuenta de ella, porque está por encima de toda inteligencia y de todo lenguaje. El Evangelio mismo parece no querer insistir en ella, y apenas algunas palabras nos la muestran pasando con la rapidez de las manifestaciones divinas.

Como Pedro en el Tabor, diríamos gustosos: «¡Buena es quedarnos aquí!» Pero seguramente oíríamos la voz de lo alto advirtiéndonos que *no sabemos lo que nos decimos*¹. Contentémonos, pues, con *adorar desde el fondo de nuestra alma al Dios oculto bajo esas apariencias, y con entregarle totalmente nuestro corazón abismado en su contemplación*².

¹ LUC., IX, 33: «Nesciens quid diceret.»

² S. THOM. AQUIN.: *Off. SS. Sacramenti*:

«Adoro te devote, latens Deitas,
 «Quæ sub his figuris vere latitas.
 «Tibi se cor meum totum subijcit,
 «Quia te contemplan's totam deficit.»

Así lo hacían los Apóstoles al recibir de mano de Jesús el pan y el vino consagrados de que él tomó también. Con efecto, es doctrina de la Iglesia que el divino Maestro, en su calidad de primogénito de la nueva humanidad, participó, desde luego, de los bienes con que la enriquecía, con el fin de afirmar su unión con los miembros de que era cabeza, según las palabras de San Pablo¹. «Tenía costumbre, dice el Ángel de las Escuelas, de practicar lo que mandaba á los demás, y al instituir para ellos el sacramento de su cuerpo, él mismo lo comió²».

Gracias á Jesús, el cielo vió una comunión digna de su divino Autor: lo que María no hubiese podido darle con toda su infante pureza, él se lo dió recibiendo á sí mismo, es decir, el honor y la alabanza, que corresponden realmente á la inmensidad de tal beneficio.

El gozo de haber así realizado los ensueños de su amor dilataba su corazón y daba á sus palabras un acento lleno de suavidad. Se derramó, digámoslo así, como una fuente de vida, en una serie de discursos, de que San Juan nos ha conservado fragmentos, en los cuales Bossuet veía «profundidades que hacen temblar³». Revelación de la vida divina, ojeada sobre lo por venir de su Iglesia, advertencias y consuelos para los Apóstoles, amenazas al mundo, llamamientos á la misericordia de su Padre, promesa de la venida del Espíritu Santo, se sucedían como las olas de un río caudaloso iluminado con el clarear de hermosa noche. Escuchaban extasiados los Apóstoles, estaban inundados de luz, y decían: «Ahora nos hablas claro y sin parábolas, ahora vemos que lo sabes todo, y

¹ EPHES., V, 23-30, et *alibi pluries*.

² *Summ. theol.*, III, q. LXXXI, art. 1.º Santo Tomás cita aquí el hermoso verso:

«Se tenet in manibus, se cibet ipse cibus.»

³ *Méditat. sur l'Évangile: la Cène*, LXXII^e journée.

no hay necesidad de preguntarte. Así creemos que has venido de Dios ¹.»

Ya largo rato antes se había hecho de noche, y el pensamiento del Maestro estaba fijo en la grande obra que debía comenzar inmediatamente; se levantó, pues, y dijo:

«Ya será poco lo que hable con vosotros; el príncipe del mundo se acerca, sin tener nada que reclamar de mí. Mas para que el mundo sepa cómo amo yo á mi Padre, obro según los mandatos que me ha dado. Levantaos, vámonos ².»

Y añadió con melancólica sonrisa: «El que de vosotros tenga bolsillo, tómelo; el que no lo tenga, venda su túnica y compre una espada.»

Era la hora de la lucha suprema contra el infierno; mas ellos no lo comprendieron por más que les mostró las profecías próximas á cumplirse en él, y exclamaron al punto:

«Señor, aquí hay dos espadas.»

— «Es bastante», contestó alejándose ³, entretanto que Pedro y Simón el Celoso se apresuraban á cefirse las armas que se han nombrado. No les parecía inútil la precaución, en la obscuridad, en un camino que los vagos frecuentaban de noche, con temor á los confidentes del Sanhedrín, cuya mala voluntad al Profeta y á sus discípulos era bien conocida. Ellos creyeron entender muy bien la recomendación de Jesús, y acaso estaban pesarosos de no haber seguido la costumbre galilea de llevar

¹ JOANN., XVI, 29-30: «Eece nunc sciam loqueris et proverbium nullum dicis; nunc scimus quia scis omnia, et non opus est tibi ut quis te interroget. In hoc credimus quia a Deo existi.»

² Id., XIV, 30-31.

³ LUC., XXII, 38: «Domine, ecce duo gladii hic. At ille dixit eis: Satis est.»

armas en la fiesta de Jerusalén: pero distaban mucho de sospechar cuál sería la emboscada en que sus espadas vibrarían en vano para impedir los efectos de la traición.

Salió Jesús de la ciudad con los once Apóstoles, bajó la gran escalinata que conducía desde Sion al fondo del valle ¹, fué ladeando la base del Ophel, y se encaminó hacia el puente del Cedrón. La luna aún no se había elevado bastante en el cielo para alumbrar el camino; había profunda obscuridad, interrumpida solamente de trecho en trecho por las fogatas de los acampados ó el reflejo de los candelabros que ardían en el atrio del Templo. Las torrenteras de Hinón y de Josafat no tenían entonces el aspecto que hoy, pero eran tan sombrías como ahora por el lado de la ciudad, donde dominaban el camino los altos muros del recinto, al pie de los cuales los jardines que había conservaban aún huellas de los estragos sufridos durante los sitios de Pompeyo y de Herodes el Grande. Tienen siempre un no sé qué melancólico los paisajes de Oriente; sobre todo en los alrededores de las grandes ciudades y más aún en el claro-oscuro de las noches sin luna: es bueno entonces alzar los ojos al cielo brillante y profundo, para librarse de la tristeza que aquella tierra produce, é invade al alma, aun cuando no esté uno predispuesto á esta penosa impresión. Con más razón, si la noche oculta un peligro que se aproxima á cada paso, siente uno oprimido el corazón, y no acierta á decir sino palabras desanimadas.

El decaimiento no podía tener entrada en el alma de Jesús; pero presto llegaría el momento de decir que *estaba triste hasta la muerte* ². No es, pues, maravilla que

¹ Se cree encontrar sus restos al extremo Sudeste de la colina, encima del empalme de los dos valles.

² MATH., XXVI, 38: «Tristis est anima mea usque ad mortem.»

pronunciara palabras capaces de desconcertar á sus discípulos.

«Todavía un poco de tiempo, les decía caminando, y ya no me veréis.... Un poco de tiempo, y me volveréis á ver, porque me voy á mi Padre¹.»

«¿Qué nos quiere decir con eso?, se preguntaban; no sabemos lo que dice².»

Iban á preguntárselo, cuando Jesús, *conociendo lo que pensaban*, tomó la iniciativa de la explicación.

«Os preguntáis mutuamente lo que significan estas palabras: Un poco, y ya no me veréis; y otro poco, y me veréis. En verdad os lo digo: vosotros lloraréis y gemiréis, mientras el mundo se alegrará; pero vuestra tristeza se tornará en alegría. La mujer, cuando da á luz, tiene tristeza al llegarle la hora, pero cuando ha parido al hijo, olvida sus dolores por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. Pues también vosotros ahora ciertamente tenéis tristeza; mas otra vez os he de ver, y se gozará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestro gozo.³»

Después, considerándoles ya en este nuevo período, añadió:

«En verdad, en verdad os digo: que os dará el Padre todo lo que le pidiereis en mi nombre. Hasta aquí no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. No os digo que yo rogaré al Padre por vosotros. El mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habéis creído que yo salí de Dios y vine al mundo⁴.»

¹ JOANN., XVI, 16: «Modicum et non videbitis me, et iterum modicum et videbitis me, quia vado ad patrem.»

² *Id.*, XVI, 18: «Quid est hoc quod dicit modicum? Nescimus quid loquitur.»

³ *Id.*, XVI, 19-22.

⁴ *Id.*, XVI, 23-27.

En aquel momento los Apóstoles sintieron necesidad de hacer nueva protesta de su fe:

—«Sí; nosotros creemos que has salido de Dios¹.»

—«¿Ahora creéis? (respondió Jesús con expresivo tono.) He aquí viene, y ya es venida la hora en que os dispersaréis, y me dejaréis solo².»

Y alzando la cabeza:

«Mas no estoy solo; porque el Padre está siempre conmigo. Esto os he dicho para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis mucho que sufrir; mas tened confianza, que yo he vencido al mundo³.»

Á medida que se aproximaba al torrente, la palabra de Jesús era más grave. Después de algunos pasos, continuó:

«Todos vosotros padeceréis escándalo en mí esta noche. Porque escrito está: heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño. Mas después que resucitare, iré delante de vosotros á Galilea⁴.»

Sin fijarse en la profecía de muerte que acababa de oír, y no viendo más que el sonrojo del abandono que previamente les echaba en cara, Pedro se apresuró á contestar:

—«Aunque todos se escandalizaren en ti, yo nunca me escandalizaré.»

—«Pedro, replicó Jesús; en verdad te lo digo: esta misma noche, antes del segundo canto del gallo, me negarás tres veces.»

¹ JOANN., XVI, 30: «Credimus quia a Deo existi.»

² *Id.*, XVI, 32: «Ecce venit hora, et jam venit ut dispergamini unusquisque in propria et me solum relinquantis.»

³ *Id.*, XVI, 33: «Non sum solus, quia pater mecum est. Hæc locutus sum vobis ut in me pacem habeatis. In mundo pressuram habebitis: sed confidite, ego vici mundum.»

⁴ MATTH., XXVI, 31: «Omnes vos scandalum patiemini in me ista nocte», etc., cit. ZACH., XIII, 17.

— «¡Jamás!, insistió el Apóstol: Aunque sea menester morir contigo, yo no te negaré ¹.»

Y todos los otros asentaban, y clamaban que estaban dispuestos á morir con el Maestro. ¿Á qué conducía contradecirles? ¿No estaban ya advertidos?

— «Os he dicho estas cosas antes que sucedan, á fin de que no pongan en confusión vuestra fe, y, por el contrario, veáis que soy yo quien os las he vaticinado. Ha llegado mi hora, y es menester que yo cumpla lo que las profecías anunciaron de mí. Satanás os ha pedido para zarandearos como trigo: mas yo he rogado por ti, Pedro, que no falte tu fe; y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos ².»

Á las protestas de los discípulos siguió el silencio. Desde el puente del Cedrón, que Jesús iba á cruzar, veía la fachada del Templo plateado por los rayos de la luna, y elevándose su espíritu al Padre, dejó desbordarse su alma en admirable oración:

«Padre mío, es llegada la hora. Glorificad á vuestro Hijo, á fin de que vuestro Hijo os glorifique; glorificad á aquel á quien habéis dado poder sobre todos los hombres, para que á cuantos le habéis confiado les asegure la vida eterna, el conocimiento del único Dios verdadero, que sois Vos, y de Jesucristo á quien habéis enviado. Os he glorificado sobre la tierra: he acabado la obra que me encargasteis. Ahora glorificadme con la gloria que tengo en Vos anteriormente á toda criatura.»

Y bajando su pensamiento de el Padre á los que le había confiado:

¹ Marc., XIV, 29-31: «Petrus autem ait illi: Et si omnes scandalizati fuerint in te, sed non ego. Et ait illi Jesus: Amen, dico tibi, quia tu hodie, in nocte hac, priusquam gallus vocem bis dederit, ter me es negaturus. At ille amplius loquebatur: Et si oportuerit me simul commori tibi, non te negabo.»

² Luc., XXII, 31-32.—JOANN., XVI, 1 et 33.

«Padre mío, la gloria que me habéis dado se la he comunicado á ellos para que estén unidos á mí, como nosotros lo estamos... Quiero que estén conmigo y vean la gloria de que me habéis colmado, en el amor que existe antes de la creación del mundo. Padre justo, el mundo no os conoce; pero yo sí os conozco, y estos míos conocen la misión que recibí de Vos. Yo les he dado y les aumentaré el conocimiento de vuestro nombre, á fin de que vuestro amor esté en ellos como yo mismo lo estoy ¹.»

Después de esto se calló, y sólo el ruido de las pisadas interrumpía el silencio. Cruzaron el Cedrón, cuyas negras aguas comenzaban á relucir con algunos resplandores, y presto se encontraron á la entrada del acostumbrado lugar de su reposo, en el cercado eternamente célebre de Gethsemani.

¹ JOANN., XVII, 1-26.